

Falsos dioses

Una lluvia de estrellas ilumina el firmamento, mi cielo, el cielo de los ancestros que nos contemplan desde el cosmos con millares de centelleantes ojos que hoy bajan hasta nuestro mundo.

La mañana transcurría como cualquiera otra en el campamento. Artem, pensativo como siempre, recogía su tienducha de pieles mientras que Rouk y Gisheng hacían lo propio mientras mascullaban insultos por el mal tiempo y discutían sobre cuál de ellos había cortado más cabezas en nuestra anterior batalla, aunque hiciera semanas que no luchásemos con nadie...

Somos los últimos defensores de la aldea, y las antiguas tradiciones prohíben que aquellos que han derramado la sangre de sus congéneres puedan pisar la sagrada tierra de nuestras aldeas.

Devoramos los alimentos, que por la noche nos dejan al lado de nuestras tiendas, mientras escuchamos el crepitar de las hoguera, el trajín de los puestos en el centro y los agónicos gritos de las bestias al ser sacrificadas en honor al sol, que como cada día, se cobra su justo tributo. Pero algo no encaja. En mitad del monótono sonido de la vida, un clamoroso silencio se abre hueco hacia mí interior, amenaza con volverme loco. Falta algo, pero no logro saber el qué...

Un silbido, fugaz como un rayo, me saca del ensimismamiento. Un grito, el sonido hueco de un cubo al chocar contra el suelo. Otro grito, ¡FUEGO! Más gritos.... Pasos, casi imperceptibles por la hierba, muchos pasos – ¡JODER, NOS ATACAN! - grito. Nadie me oye. Todos corren asustados como corderos hacia el matadero. No puedo, no podemos entrar en la aldea... ¡Salid, salid! – escucho. Mis compañeros están tan sorprendidos como yo, no los hemos visto llegar, y ya están dentro... ¡BRUJERÍA!

- No podemos entrar, vuestras leyes lo prohíben. – Grita Gisheng.
- Artem, ¡Reacciona joder! – le grita Rouk mientras busca su báculo.
- ¡A la mierda!, si no entramos no tendremos aldea a la que defender, que la ira de los dioses caiga sobre nosotros si no lo entienden. – les digo mientras me desprendo de mi capa y me lanzo al combate ciego de rabia.

Rouk murmura, el suelo tiembla tras de mí... Me encantan los nigromantes. No serán muy agradables, pero dirigir un ejército de no muertos es un poder que siempre me hubiera gustado poseer. Artem reniega y se aparta de Rouk mientras mira al cielo que se oscurece por segundos, no le gusta la magia negra. Él, como buen druida, se ayuda de la naturaleza para acabar con sus enemigos. Gisheng saca su espada, la besa y arma el escudo. Encomienda nuestras almas a sus dioses, un aura recorre nuestros cuerpos. También es agradable luchar junto a un paladín, aunque sea un exiliado de los reinos del sur y crea en dioses paganos.

Mientras unas finas enredaderas surgían del suelo y comenzaban a entorpecer a nuestros enemigos una fría lluvia sofocaba el incendio y mi espada saciaba su sed con la primera sangre. Un enclenque, oculto tras una toga, fue mi primera víctima. Le separé la cabeza de los hombros mientras unas chispas eléctricas recorrían sus dedos. Escucho la voz de Rouk, aun ronca por la resaca, vociferando órdenes sin sentido en una lengua muerta, pero efectiva, a su ejército de muertos vivientes que, sin miedo ni piedad, se enfrentan a los encapuchados. Geshing, al borde de la aldea, reza una plegaria por cada uno de los enemigos a los que derrota. - ¡Geshing! , deja que sus putas almas se pudran en el infierno y lucha ¡JODER! – le suplico a gritos. – ¡Están acribillándonos!

Las flechas silban a nuestro alrededor. Doy gracias a los dioses por la mala puntería de estos bastardos. Algunas salen repelidas de nuestros cuerpos gracias a las auras de protección de Geshing, otras se clavan en mi piel, dura como el cuero, y me arrancan un grito de ira que hace temblar hasta a los mismísimos hijos del infierno que Rouk dirige alrededor de mí. Los golpeo con rabia a causa del dolor, acabo con varios de ellos. – ¡Canamarth, quieto! – escucho a lo lejos, parece que a Rouk no le gusta lo que está viendo. Que se joda, él no entiende lo que es el fragor de la batalla.

El suelo vuelve a temblar, pero esta vez no he escuchado la voz de Rouk... Todo estalla a mi alrededor. El cielo se vuelve negro, las nubes rojas como la sangre y todo mi mundo desaparece. Caigo contra el suelo. Veo sangre, demasiada para ser bueno y miro hacia el cielo. Siento que una gran calma inunda mi cuerpo... Giro la cabeza y veo a Artem en una postura antinatural debido a las enredaderas espinosas y retorcidas que torturan su cuerpo. Busco a Rouk. Lo que veo no me gusta, sus propios necrófagos se dan un festín con sus vísceras mientras veo como le arrancan la lengua y los ojos para que no pueda devolverlos al otro mundo. – ¡Geshing, dónde estás! – pero ningún sonido sale de mi garganta, atravesada por una daga y cubierta de sangre que burbujea cada vez que intento hablar, la vida se me escapa. Veo, por fin, a un ser resplandeciente. Sólo un paladín puede brillar así en mitad de tal oscuridad, como una vela en mitad de una tormenta en pleno océano, pero de repente desaparece y una sombra sigue avanzando dejando ver tras de sí a mi compañero, de rodillas, con la espada atravesándole el pecho. Veo su escudo, partido en dos a varios metros de él.

Una figura, oscura como la noche, asesina de toda luz que pueda llegar a rodearla, se acerca hacia mí. Esbelta, más grande que un ser humano, incluso el más fornido. Se agacha a mi lado y siento como la poca sangre que me queda en mi cuerpo se hiela y el mundo se detiene. No oigo nada, mi corazón no late, mi sangre no fluye, el aire no mueve ni una brizna de hierba...

Escucho su voz, al principio no la comprendo, pero poco a poco se hace más clara – Es mi momento, pronto vendré y tú serás mi emisario. Ahora levanta y conviértete en el heraldo de la muerte, sumerge el mundo en sangre, acaba con todos aquellos que se opongan a mi poder y puede que entonces te deje morir en paz. - todo se vuelve negro...

- Canamarth, despierta – me dice una voz conocida – Mira el cielo, hay una lluvia de estrellas . – termina diciendo Rouk mientras bebe un trago de una de sus alcohólicas destilaciones.
- Son las lágrimas de los dioses. – Dice Geshing – No de los vuestros que son unos bárbaros, de los de verdad, los que habitan en el cosmos.

Me quedo mirando al cielo totalmente callado. Una lluvia de estrellas ilumina el firmamento, mi cielo, el cielo de los ancestros que nos contemplan desde el cosmos con millares de centelleantes ojos que hoy bajan hasta nuestro mundo. Un mal presagio.

Los dioses, sus dioses, nuestros dioses, nos han abandonado... Diablo ha regresado.